

EL CATÓLICO.

PERIODICO RELIGIOSO, CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE VARIEDADES.

REPUBLICA DEL SALVADOR EN CENTRO-AMÉRICA.

AÑO V — TOMO V |

San Salvador, Domingo 18 de Abril de 1886.

| SERIE XX. — N. 239.

“EL CATÓLICO,”

conformándose con el espíritu de nuestra santa madre la Iglesia, que durante los días de la **Semana Santa** se ocupa exclusivamente de los misterios de la pasión y muerte del divino Redentor, dedica el presente número á la exposición de aquellos augustos dogmas de la fé.

Convencido de la religiosidad de sus lectores, cree que la supresión de las secciones ordinarias por esta vez, para llenar su lugar con las materias indicadas, les será agradable y obtendrá su plena aprobación.

Además, “*El Católico*” se toma la libertad de invitarles para asistir á los actos religiosos de estos días, en que todo católico verdadero da públicos testimonios de su fé y piedad.

La Semana Santa.

Hé aquí la *Gran Semana*, como la llama San Juan Crisóstomo, destinada por la Iglesia á la veneración de los más altos misterios de la Religión católica. Al sublime fin que ésta se propone respecto del hombre, cuadra admirablemente recordar sin cesar el trance horrible del Calvario, fortificando de esta suerte su espíritu para el cumplimiento de los deberes religiosos. Pero la flaqueza humana necesitaba más todavía, y de aquí nació el consagrar una semana entera á poner delante de nuestros ojos, las vicisitudes que precedieron y acompañaron al sacrificio del Cordero sin mancilla sobre las cumbres del Gólgota.

El entusiasta recibimiento que aquel pueblo tan veleidoso como cruel hizo á Jesús, el tierno espectáculo de la última cena que hizo con sus discípulos, las amarguras que sufrió orando en el huerto de las Olivas, su prisión por turbas infames que acaudillaba uno de los suyos, los terribles detalles de la Pasión, y su muerte enteramente celestial y divina: tales son las variadas y sublimes escenas que tuvieron lugar en la Semana Santa, las cuales nos representa la liturgia católica con tal elocuencia y con tan vivos colores, que nunca debieran borrarse de nuestro pecho, ni después de pasadas caer en el olvido.

Todo es triste estos días en el seno de la Iglesia: las imágenes están veladas en los templos, los altares vestidos de luto, los sacerdotes lo llevan también en las ropas con que celebran el santo Sacri-

ficio, las ceremonias religiosas parecen ceremonias fúnebres, y donde quiera que se dirija la vista se verán señales de llanto y desconsuelo.

Desde el siglo III celebran los fieles con gran devoción la Semana Santa, como atestigua san Dionisio, obispo de Alejandría; y esta piadosa costumbre fué marcándose más en los siglos posteriores.

Uno de los caracteres que siempre la han distinguido, es el gran rigor con que se ha observado estos días el ayuno cuadragesimal. Antiguamente gran número de fieles estaban sin tomar alimento tres y cuatro días, y era general la abstinencia absoluta desde el Jueves por la tarde hasta el Sábado de Gloria por la mañana. Con estos esfuerzos de la penitencia se disponían mejor los cristianos á meditar y venerar los durísimos sufrimientos del Salvador en la cruz.

Los príncipes que seguían la ley del Evangelio, no se olvidaron tampoco de que ninguna ocasión más propicia que la Semana Santa para ejercer, como Jesús con sus hijos extraviados, la virtud de la misericordia. Además de seguir en suspenso la acción de la justicia humana, mandaban abrir las puertas de las cárceles para dar libertad á los desgraciados, que gemían bajo el peso de las sentencias impuestas por los tribunales de la tierra. Únicamente se exceptuaban de esta gracia, aquellos criminales procesados por delitos que atacaban gravemente la familia ó la sociedad. Hermosa costumbre que se ha perpetuado á través de los siglos, y que en nuestra España obliga al Monarca á conceder el indulto á algún reo condenado á muerte.

En los desdichados tiempos en que todavía era la esclavitud una institución legal en Europa, la venida de la Semana Santa debía ser para los esclavos su más risueña esperanza. Una ley canónica, anterior al siglo IV, mandaba á los señores cristianos que los dejaran descansar en estos días. Añádese que, aunque se cerraban los tribunales como hemos visto, y quedaban interrumpidos todos los procedimientos, esta prescripción no reza- ba con los actos que fuera necesario practicar ante los jueces para manumitir á los esclavos. Así lo dispuso Justiniano en su *Código*, reproduciendo el espíritu de una ley dictada antes por Constantino. Y en verdad, que la memoria anual de la Pasión de Cristo, que muere en la cruz por librarnos de la esclavitud del pecado, debía influir no poco en el ánimo de los fieles para decidirlos á romper las cadenas que oprimían á los infelices esclavos.

De esta suerte, con la penitencia, el llanto y el perdón, ha procurado siempre la cristiandad asociarse á la desolada viudez que affige estos días á la Iglesia católica.

Las sentidas lamentaciones de Jeremías, que repite ahora á cada paso; los gritos de angustia que lanza al ver al Justo martirizado por los pecadores; sus terribles imprecaciones contra el pueblo deicida, todo esto ofrece abundante materia á las reflexiones de los buenos católicos, y levanta su espíritu en humildes súplicas hasta el trono del Eterno Padre.

¡ Dichosos los que sepan empaparse bien en la consideración de tan altos misterios, y más dichosos aún los que sepan guardarlos en su alma, tomándolos como norma segura de su conducta en el mundo! Los que tal hagan habrán cumplido su misión y realizado el ideal sublime que nos enseñó Dios mismo, Rey de los cielos y de la tierra, sometiéndose á sufrir, por salvar á la humanidad, muerte ignominiosa de cruz.

T. S. y S.

LA REDENCION.

SONETO.

Se alzó la cruz; su rayo soberano
Rompió el altar del paganismo impuro;
El alto Paternón antes seguro,
Templó su orgullo ante el dolor pagano.

Desde el leño divino, el sol cristiano
Postró la niebla destrozando al muro,
Y cayeron de horror en antro oscuro
Júpiter y Plutón, Saturno y Jano.

Veinte siglos pasaron; el madero
Que Palestina alzó, tiende triunfales
Sus santas ramas sobre el mundo artero,

Y anuncia el estandarte á los mortales
Que ha de dormir el universo entero,
Al rumor de sus hojas celestiales.

BERNARDO LÓPEZ GARCÍA.

JUEVES SANTO.

“Yo aprendí del Señor, y también os lo he enseñado: que el Señor Jesús, la noche que había de ser entregado, tomó el pan, y dando gracias, lo partió y dijo: Tomad y comed: éste es mi Cuerpo, que por vosotros será entregado; haced esto en memoria de mí. Así mismo tomó el Cáliz después de haber cenado; diciendo: Este Cáliz es el Nuevo Testamento en mi Sangre. Haced esto todas las veces que de él bebiereis en memoria de mí. Porque todas las veces que comiereis este Pan y bebiereis este Cáliz, anunciareis la muerte del Señor hasta su venida. Por tanto, cualquiera que comiere este Pan ó bebiere este Cáliz indignamente, será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Pruébese, pues, el hombre á sí mismo; y coma así de aquel Pan y beba de aquel Cáliz. Porque el que come y bebe indignamente, come y bebe su condenación, no discerniendo el Cuerpo

del Señor, &.” (Epístola de San Pablo Apóstol á los Corint. I. c. 11.)”

En estas pocas palabras el Apóstol de la fé nos instruye en el sublime misterio y en los orígenes divinos de la Eucaristía.

Estamos pues en el gran día del Señor, y la Iglesia congrega á sus hijos en torno del Sacramento del amor, donde mora un Dios escondido bajo la forma de manjar del cuerpo, para constituirse en pan del alma, de los pequeñuelos y los débiles, de los acosados por el infortunio y los sumergidos en el mar de la pena.

El Hijo de Dios estaba abismado de angustia en los momentos en que se disponía á instituir este sacramento: “Había amado á los suyos, que estaban en el mundo, dice el sagrado texto, y los amó hasta el fin.” Su mente alumbrada por los resplandores de la divinidad, veía una á una las agonías de su pasión, desde el sudor de sangre en el Huerto hasta el *consumatum est* del Gólgota.

Tenía á su lado á Judas, el discípulo que le había de vender; á Pedro, el que le había de negar; á Santiago, Mateo y Simión, á los doce, en fin, que lo habían de abandonar, cual si nunca lo hubieran conocido. En pos de sus Apóstoles, venían todas las generaciones de los cristianos, con todas sus deslealtades en la fé; los sacerdotes con sus abominaciones y los legos con su indiferencia, su desprecio ó su apostasía. Y sin embargo, el Hijo de Dios, que había amado á todas esas almas que estaban ó habían de estar en la perdición, quiso amarlas hasta el fin. Por eso se quedó Él, fuerte, para manjar de los débiles; sapientísimo, para luz de los ignorantes; rebosando amor, para inflamar á los aletargados por la indiferencia; omnipotente, para consuelo de los que nada pueden.

Por eso se quedó Él, velado bajo las especies del mas humilde de los alimentos, para que á Él acudiesen los que el mundo considera humillados y los que en su espíritu han aprendido á humillarse.

En las sublimes conmemoraciones que celebra anualmente la Iglesia de la pasión de Jesucristo, la mas tocante y la mas grata al corazón católico, al espíritu fortalecido de la fé, ó en expresión del gran Apóstol, de *esa sustancia ó germen de los bienes que se esperan*, es la festividad del Santísimo Sacramento, instituido por el mismo Jesucristo en la noche que precedió á su gloriosísima muerte de cruz para redención de la humanidad.

El espíritu se abisma en solo meditar la grandeza infinita del milagro de los milagros!—El cuerpo de Jesucristo real y verdaderamente reproducido á un mismo tiempo en tantos y diferentes lugares de la tierra, y hospedado en nuestros altares!

El sacrificio de la cruz perpetuado milagrosamente con el sacrificio del altar, en confirmación plena, cotidiana y eterna de la promesa de Jesús: *YO estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos.*

Con privilegiada elocuencia dice San Agustín del Sacramento máximo de la Eucaristía:

“Que aunque el poder de Dios es infinito, no pudo darnos COSA MÁS GRANDE; aunque su sabiduría no tiene límites, no supo hallar un MEDIO MAS EXCELENTE para hacernos bien: aunque sus riquezas son inmensas, no tuvo DON MAS MAGNÍCO QUE DARNOS.”

(De “El Argentino.”)

LA ORACION EN EL HUERTO.

Sonoros manantiales, aguas vivas
Que desatais la blanca cabellera
En el santo jardín de las Olivas;
Rosas de nieve en el rosal cautivas,
Que bordó la naciente primavera;

Afortunadas aves,
Músicas del vergel, arpas del viento,
Que á las brisas suaves
Con notas blandas y con himnos graves
Libres lanzais vuestro sonoro acento;

Frutos que matizais con vuestras pomas
De los fragantes tallos la esmeralda,
Mieles vertiendo y cándidos aromas:
Que al árbol verde le prestais guirnalda
Bandadas de palomas;

Césped que abre el camino
De violetas purísimas cubierto
Al sosegado arrollo cristalino,
Hora solemne en que Jesús Divino
Lloró sus penas y rezó en el Huerto;

Llenad de resplandores
Los ámbitos del Huerto solitario;
Custodiad al Señor de los Señores,
Que riega con sus lágrimas las flores
Antes de sucumbir en el Calvario!

(De "El Tiempo.")

VIERNES SANTO.

Las siete palabras de Jesús en la Cruz.

I.

Padre, perdónalos; porque no saben lo que hacen. Luc., c. 23, v. 34.

Aquel es el monte Calvario.

Está coronado con tres cruces.

En la mas alta de ellas está clavado de piés y manos el Hijo de Dios.

Tres años de predicación y de milagros de beneficios y de gracias, le han conducido á semejante fin. Pasó por los pueblos predicando á los hombres que se amasen unos á los otros, y dando vista á los ciegos y dando palabra á los mudos, y dando movimiento á los tullidos y curando todas las enfermedades, y resucitando los muertos y haciendo bien por todas partes: *pertransiit benefaciendo*. Y apesar de esto, ó precisamente por esto, los pueblos se conjuraron contra Él, y los príncipes de los sacerdotes y los escribas y los fariseos se pusieron al frente de la conjuración. Y le aprehendieron, y le ataron, y le insultaron, y le abofetearon, y le escupieron, y le sentenciaron á muerte, y le llevaron por las calles en tumulto con la cruz á cuestas, y le subieron al monte, y le crucificaron.

Allí le veis; allí está.

Él es la verdad inmutable, la bondad suprema, la belleza infinita, la sabiduría perfecta; es hijo de Dios, es Dios, y los hombres miserables le han puesto en una cruz.

Abre sus labios divinos. . . . ¿Qué dirá?

¿Con voz de trueno, poderosa y robusta, condenará la iniquidad horrible de sus perseguidores? ¿con acento de queja manifestará la injusticia con que ha sido sentenciado á muerte? ¿con firmeza y energía justificará su inocencia. . . . ? Nada de

esto. Escuchad!—*Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen!*

Y á esta caridad tan ardorosa, y á esta bondad tan grande, y á este amor infinito, responden los enemigos de Jesús con nuevas blasfemias y nuevos insultos; siendo tan ciega su locura, que; lejos de arrepentirse, transmiten su odio y su furor contra el Cristo á sus hijos y á sus nietos, y á sus descendientes, hasta el fin de las generaciones.

Los hijos de aquellos, los *judíos de hoy*, no pueden crucificar á Jesús porque no lo tienen á su disposición, como sus progenitores; pero blasfeman de Él como aquellos, y como ellos le llaman *embaucador* y *embustero*, y profanan los altares donde está real y verdaderamente sacramentado, y derriban los templos en donde se le rinde culto, y persiguen á sus adoradores. ¡Oh! Que son legítimos nietos de sus abuelos!

¡Perdónalos, Señor, perdónalos, que no saben lo que hacen!

II.

En verdad te digo, que hoy estarás conmigo en el Paraíso. Luc., c. 23, v. 33.

Para que se cumpliese la Escritura, que dice:—*Fué reputado con los malos*, crucificaron al Hijo de Dios en medio de dos ladrones: Dímas y Jéstas.

Y mientras los verdugos insultaban al Salvador, moviendo las cabezas con escarnio, y diciéndole:—*¿A otros hizo salvos, y á sí mismo no puede salvarse!; si es Hijo de Dios, que baje de la cruz, y creeremos en Él*: uno de los malhechores que á su lado morían, juntaba su voz sacrílega con la de la turba, diciéndole á Jesús irónicamente:—*Si eres hijo de Dios, sálvate á Tí y sálvanos á nosotros.*

Mas el otro ladrón le replicaba:—*Ni aun tú temes á Dios, estando para morir?; nosotros pagamos nuestro merecido; pero Este ningún mal ha hecho*; y, volviéndose á Jesús agonizante, le decía:—*Señor, cuando estés en tu reino, acuérdate de mí.*

El Amor divino que pidió al Padre perdón para sus verdugos, no podía ménos de premiar la fé del ladrón arrepentido, que da testimonio de su inocencia y de su divinidad. Habla otra vez con el mismo acento de piedad y mansedumbre: antes pedía á su padre el perdón para los deicidas, ahora Él mismo le concede al ladrón y le promete recompensa con estas palabras de inefable consuelo:—*En verdad te digo, que hoy estarás conmigo en el Paraíso.*

III.

Mujer, mira allí á tu hijo. . . . Mira allí á tu madre. Joann, c, 19, v. 26 y 27.

Estaban junto á la Cruz de Jesús, María su Madre, y la hermana de su Madre, María Cliofé y María Magdalena.

La Virgen Purísima, alma cándida é inmaculada, que con el valor de la inocencia ha seguido á su hijo á todas partes, no pudo abandonarle tampoco cuando hubo de subir al suplicio de los malvados. La mujer pecadora, que á una mirada de Jesús se desnudó de sus livianas pasiones y de sus mundanales atavíos, y se derritió en el fuego del amor divino, tampoco podía separarse del sagrado encanto de su corazón.

Estas dos mujeres, tipos acabados de la inocencia y de la penitencia, y el discípulo amado, que en la noche anterior había reclinado la frente sobre el pecho amoroso del Redentor del mundo, estaban al pié de la Cruz, haciéndose como solidarios de sus dolores.

El Salvador contempla la orfandad de su discípulo y de todos los hombres, y quiere darles una madre: contempla el vacío que su partida de este mundo deja en el corazón de la Madre, y quiere darle otro hijo. Arregla su testamento divino de esta manera:

—“Mujer, mira á tu hijo; y al discípulo:—Mira á tu Madre. Y desde aquella hora, dice la Sagrada Escritura, la tomó el discípulo por suya.

La Santísima Virgen aceptó también el legado; aceptó la maternidad del discípulo, la maternidad de los hombres, la maternidad de los pecadores, la maternidad de los asesinos de su Hijo querido.

¡Qué cambio tan costoso! ¡Qué sacrificio tan grande!

En el lugar que ocupaba en su corazón el Hijo del Altísimo, delicia de Dios, aromático manojito de gracias y de virtudes, ha de colocar la Virgen atribulada á los hijos de los hombres con todos sus pecados, con todos sus vicios, con todas sus miserias.

Virgen Santísima! allí aceptaste la maternidad de los hombres y la maternidad de los pueblos. Hay uno de estos que, mejor que todos los otros, correspondió á tu amor y te dió siempre repetidas pruebas de filial ternura. Pero unos pocos extranjeros y otros pocos hijos degenerados, quieren hoy hacer prevaricar á ese pueblo; quieren que, como ellos, te insulten.

¡Que nunca lo consigan Virgen Santa!
Protege á este pueblo, nunca le olvides; nunca le arrojes de tu corazón. Es tu hijo; *Ecce filius tuus.*

IV.

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? Math., c. 27, v. 46.

El Hijo de Dios padece terribles tormentos en la cruz afrentosa, por los pecados de los hombres; y los hombres se mofan de Él y le escarnecen. Satisface por ellos á la Justicia Divina irritada, dando en satisfacción hasta el último suspiro de su vida preciosa: los redime de la esclavitud del infierno á costa de su sangre inocente, y los hombres le insultan en el momento de morir por ellos.

Ve además, el Redentor, como complemento de aquella ingratitud, el desprecio que de los méritos de su Pasión y Muerte han de hacer los hombres de las generaciones futuras.

Esto es lo que le había hecho exclamar algunas horas antes: *Mi alma está triste hasta la muerte;* y esto es lo que ahora contrista el alma del Justo mas que todos los tormentos que padece en el cuerpo, y le hace exclamar con acento suave de dolorosa queja:—*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*

V.

Tengo sed. Joann, c. 19, v. 28.

“*Tengo sed.*—He sido levantado en alto, para atraer hácia mí todas las cosas: tengo sed de atraerlas.—Venid á mí todos los que trabajais y estais agobiados con el peso de vuestras culpas, que yo os aliviare: tengo sed de aliviaros; tengo sed de que vengais á mí.—Fuego viene á traer á la tierra, el fuégo del amor divino. ¿Qué he de querer, sinó que arda? Tengo sed de que arda y de que se consuman las iniquidades, y se abrasen los corazones de los hombres en el fuego del amor de Dios.—Yo soy el camino, la verdad y la vida. El que me sigue, no anda en tinieblas.—Tengo sed de que todos los hombres anden por es-

te camino, de que vengan tras de mí y conozcan la clarísima luz de la verdad, y vivan aquí la hermosa vida de la gracia y después la inefable perpetua vida de la gloria.—Tengo sed de que los pueblos vivan felices bajo el cetro paternal de los reyes legítimos, que los mandan en nombre de Dios.—He venido á morir para salvar el mundo, y tengo sed de salvarlo. *Tengo sed. tengo sed.*”

VI.

Todo se ha consumado. Joann, c. 19, v. 30.

Todas las esperanzas se han realizado; todas las profecías se han cumplido: los pueblos esperaban al Mesías que Dios hubo prometido á los patriarcas, y el Mesías ya vino: los profetas habían cantado sus milagros y habían llorado sus tormentos, y el Mesías ha padecido los tormentos después de haber obrado los milagros. Pero los pueblos no le conocieron, porque también estaba escrito que no lo habían de conocer.

Era el Hijo de Dios, y le llamaron *endemoniado*: era la Verdad Eterna, y le llamaron *impostor*: era la Sabiduría Infinita, y le trataron como *loco*: era Rey de la gloria, y le pusieron una *corona de espinas*: era infinitamente bueno, y le hicieron subir al patíbulo de los *facinerosos*: era la vida, y le dan la *muerte*. . . . La obra de la iniquidad ha concluido, *se ha consumado.*

Pero se ha consumado también la obra de la misericordia, la obra de la redención. Dios envió su Hijo al mundo, para que el mundo se salve por Él: el Hijo de Dios se ha inmolado por los pecados de los hombres, la Justicia Divina está satisfecha.

La redención está consumada.

VII.

En tus manos, Padre mío, enco- miendo mi alma.—Luc, c. 23, v. 46

—He cumplido la misión que me habeis encomendado. He puesto de mi parte todo lo necesario para la salvación de los hombres y de los pueblos. Héles enseñado el áspero camino de la gloria, subiendo al Calvario. Héles abierto las puertas del Cielo, que el pecado de Adán les había cerrado, dejándome clavar en esta cruz. Héles librado de la maldición que por aquel pecado sobre ellos pesaba, poniéndome aquí de blanco de las maldiciones de las turbas. Héles enseñado á encontrar en las amarguras el consuelo, santificando los dolores. . . . Voy á morir. *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.*

¡Dios de Misericordia! . . . Que la gracia divina, precio inestimable de la Pasión y Muerte de Jesús, venga sobre nosotros y reine en nuestras almas, y no nos abandone nunca, para que al fin de la vida podamos decir con dulce confianza, con santo y delicioso abandono:—“Hemos cumplido toda la ley, hemos puesto cuanto estaba de nuestra parte para salvar nuestras almas. Señor, salvadlas! *Padre, en vuestras manos encomendamos nuestro espíritu.*”

ANTONIO DE VALBUENA.

EN LA MUERTE DEL REDENTOR.

Estro sagrado, que mi pecho inflamas, Aliento dame, que por mí no puedo

Cantar la muerte del Ungido Santo
Redentor nuestro.

Entre ladrones, como reo infame,
Su cuerpo todo desgarrado miro,
Con duros clavos de la Cruz pendiente;
Pálido, herido.

Con ansias crueles y mortal congoja,
Oh Padre!—exclama ¿tú me desamparas?
Y devorado por la sed ardiente,
Su voz levanta.

La hiel acerba, que el ingrato pueblo
Le ofrece, gustan sus divinos labios,
Y en sus dolores se reanima y dice:
—*Se ha consumado!*

Cuanto han escrito las sagradas plumas,
Que vaticinan la salud del hombre,
Cristo confirma, sobre sí llevando
Nuestros dolores.

Cordero El mismo, y sacerdote junto,
Se ofrece al Padre, para expiar las culpas,
Y así destruye de la ley antigua
Santas figuras.

Aquella frente, domicilio excélsio
De tantas gracias, con mortal desmayo
Al pecho inclina, cuando su alma entrega
Al Padre Santo.

El gran planeta que ilumina el orbe,
De sombras vela su radiante disco,
Los astros todos enlutados giran
En el vacío.

Peñascos rudos, rocas escarpadas
Romper se miran con horribles choques;
Hirvientes ondas por los altos muros
Trépidas corren.

El frío cadáver reanimarse miro
En las tinieblas del sepulcro triste;
Y el velo santo del augusto templo
Ya se divide.

El orbe entero vacilante cruje,
Al fuerte impulso de aquilones fieros;
El universo, la natura toda
Llora á su dueño.

Aquí mi alma con dolores tales,
Se me traspasa, que el amargo llanto
Corre, y me impide confesar á gritos
Tantos agravios;

Tantos agravios, que el mortal protervo
Al Dios clemente, desde Adán hiciera,
Que solo Cristo, con su sangre toda,
Perdón obtenga!

ZEOBAD-DEL.

AL PIÉ DE LA CRUZ.

¡Oh Jesús mío! ¿cuál es ese grupo fiel, que se sostiene de pié junto á vuestra cruz?

Es *María*, vuestra Madre; es *Juan*, el discípulo predilecto; es *Magdalena*; son aquellos que más os han amado y á quienes Vos habeis amado más en la tierra.....

¡Y esto es lo que habeis escogido para ellos! Los habeis colocado lo más cerca posible de vuestra cruz, *juxta crucem*; los habeis colocado de pié: *Stabat Mater*... Sí, de pié.....

En vuestros designios habeis exigido que fuesen como un reflejo de Vos mismo, por la firmeza así como por los dolores. No habeis tenido compasión de que eran mujeres, después de todo débiles y tiernas; que era un hombre joven y poco aguerrido aún en las luchas de los grandes sufrimientos.

Ni aún habeis permitido á aquel dolor apoyarse en la cruz cuyo contacto le costaba tan caro; no, fué preciso que permaneciesen de pié, *stantes!* En pié junto á vuestra cruz, en pié á vuestros piés, sin perder el ruido del crujir de uno solo de vuestros músculos, ni el ruido de una sola gota de vuestra sangre al caer sobre la tierra dura.... Ni cuando llegó la hora suprema, uno solo de los temblores de vuestro aliento desigual oprimido por la muerte.

Juxta crucem... Así obráis también ¡oh Jesús! con los que amais.

Los asociáis noblemente á la obra de la redención, y reproducís en ellos vuestra imagen, y si sucede alguna vez, porque al fin, Señor, son hombres, y Vos sabeis que somos hechos de lodo, si alguna vez sucumben bajo el peso de los dolores sobre, todo cuando sienten la amargura de vuestro abandono, la más cruel de todas, entonces para levantarlos y sostenerlos, os inclináis al oído de su corazón, y recordándoles aquel grupo de la cruz, les decís con aquel acento poderoso que solo pertenece á Vos y que es capaz de remover los mundos: *Yo os crucifico porque os amo.*

¡Oh Dios mío! ¿Cómo llegáis á transformar nuestra naturaleza hasta el punto de proponerla el sufrimiento como una prueba de amor y por tanto apetecible? ¿Cómo habeis podido decir al hombre carnal y deseoso de goces, sin que se levantase contra Vos con toda la fuerza de su libre voluntad: *Yo te crucifico porque te amo?* ¡Oh! es que Vos nos habeis amado el primero hasta la *crucifixión entera de Vos mismo; crucifixión de todo vuestro Cuerpo*, por medio de los tormentos físicos; *crucifixión cruel de vuestro Corazón*, por medio de la malignidad de los hombres y el abandono de Dios; *crucifixión de vuestra Alma*, por medio de la vista divina de tantos pobres insensatos que no querían aprovecharse de vuestra muerte.

Y como el amor tiende siempre á confundir á los que se aman en una perfecta armonía de situación y de sentimientos, nos decís poniendo sobre nosotros la mano del amor, inflexible como todas las fuerzas: *Yo os crucifico porque os amo.*

Y añadís: "Ved á María, mi madre; ved á mi Discípulo amado, ved á Magdalena; mientras que con su voz desfallecida, cuyos acentos hacían palpar á los tres, rogué por mis verdugos, y tuve misericordiosas promesas para el buen ladrón; *para ellos* no tuve más que el silencio ó aquella dura

palabra en vez de sentimiento de un santo afecto: *Mujer, ve ahí á tu hijo.*

“Pero á su corazón, que se unía al mío en una inexplicable comunión de dolor y de amor, le decía por inedio de una vibración íntima é inefable: *Yo os crucifico, porque os amo.*”

“Y también vosotros; mis escogidos por consecuencia del sufrimiento y de la prueba, no detengais vuestros pasos en los senderos espinosos por donde os hago caminar, no apartéis vuestros labios de la copa que os presento. No os quejeis, sobre todo, de que os dejo y os olvido en medio de la soledad y la desolación; no vayáis á creer que vuestro martirio se escapa á mi mirada; no, mil veces no. Vosotros sufrís, llorais, agonizais quizá... pero escuchad: *Yo os crucifico, porque os amo.*”

“Vosotros, sobre todo los que seguís la senda del Calvario pidiendo la redención de las almas, adelante, adelante siempre; no me regateéis un sacrificio que puedo pedirlos.”

“Marchad valerosamente y siempre, teniendo vuestros ojos levantados hácia Mí, que estoy crucificado en la cumbre y junto á mis amados colocados á mis piés.”

“Acabad vuestra laboriosa jornada, obreros magnánimos, y si no habeis recibido el premio antes de terminar vuestro trabajo, estad seguros que le hallareis al despertar del día siguiente. Mis miradas están fijas sobre vosotros, y vuestras esperanzas no quedarán frustradas: *Yo os crucifico, porque os amo.*”

F. S. y S.

A LA SANTA CRUZ.

Madero sacrosanto de este suelo,
Donde piadoso el Sér Omnipotente
A la raza de Adán tan delincuente
La perdonó con amoroso anhelo:

Signo de paz de dicha y de consuelo,
De bienaventuranza única fuente,
Donde selló su unión eternamente
Dios con el Hombre, el mundo con el cielo.

¡Cuna inmortal de séres redimidos,
Toda la Cristiandad SANTA te nombra,
Y fija en tí sus ojos conmovidos!

¡Árbol, cuya grandeza al mundo asombra,
Cuyos amantes brazos extendidos
Vivifican al Mundo con su sombra!

DOMINGO ARGUMOSA.

LAS RELIQUIAS DE LA PASION.

El SANTO SEPULCRO, según la relación hecha por los benedictinos con arreglo á la descripción que nos ha dejado San Cirilo de Jerusalem, se componía de dos habitaciones, cavadas en la roca, y de las que una servía de vestíbulo, según la antigua usanza de los judíos.

La primera pieza estaba cerrada, según testimonio del sacerdote español Juvencio, que escribía hácia el año 328:

“*La puerta está cerrada por inmensos volúmenes de piedra.*”

La otra pieza, cavada en el centro de una roca profunda, era tan alta, que un hombre de pié apenas podía tocar la bóveda con la mano. Tenía al Oriente la entrada, que fué cerrada con una gran piedra y sellada con un sello oficial.

El cuerpo de Nuestro Señor fué colocado en la parte septentrional, en un *luculos* de siete piés de profundidad, y elevado tres palmos sobre la tierra. Dom Calmet añade, que *la cabeza de Jesucristo estaba vuelta hácia el Oriente.*

Las reliquias propiamente dichas de la Pasión, consisten:

1º EN EL TÍTULO DE LA CRUZ.— Se conserva en Roma, en la basílica de Santa Cruz de Jerusalem:

De Corrieris, en su obra *De Sessorianis praecipuis passionis de N. J. C. reliquiis*, dá muchas noticias acerca de ese título. El cual, cuando fué hallado por Santa Elena, estaba en toda su integridad, no restándonos ahora sino un fragmento descubierto en 1492 en la basílica Sessoriana. Tiene según la medida romana, siete pulgadas de altura y siete de ancho. La materia sobre que se ha escrito, parece ser de madera ó de corteza de madera; las letras son rojas, sobre un fondo blanco. Sabido es que la inscripción entera decía: IESUS NAZARENUS REX JUDEORUM (*Sozon.*, II, I.) El nombre *Jesús* estaba representado, así en el texto latino, como en el griego, por las letras IS; y cuando fué hallado en 1392, se leía solamente en los dos textos: IS NAZARENUS RE.

La inscripción hebraica estaba todavía visible en el siglo XVI; pero en el XVII desapareció por completo, excepto en algunos pocos restos que nos quedan todavía hoy; en la misma época se borraron también las letras IS en los textos griego y latino.

2º En el CLAVO Y EN LA ESPINA, que se veneran en la iglesia de Tréveris. Además de Rufino, Teodoreto y otros escritores, San Ambrosio habla también del descubrimiento hecho por Santa Elena de los clavos de la cruz.

Pero desde el punto de vista de la autenticidad, se dá preferencia á este clavo sobre los que se conservan en otros lugares; porque fué dado á esta ciudad célebre por la misma Emperatriz, don reconocido por un decreto de León X. El fragmento roto al fin del clavo, es poseído por la iglesia de Toul.

La ciudad de Tréveris conserva también un pequeño trozo de la corona, y nadie ignora que ésta se halla en París, á donde fué llevada por el Santo Luis IX; pero está despojada de la mayor parte de las espinas, que se veneran en diferentes lugares.

3º En la SANTA TÚNICA, que también se halla en Tréveris. Es larga casi cinco piés, y un poco más desde la extremidad de una de las mangas á la extremidad de la otra, cuando están extendidas. Cada manga tiene pié y medio de largo y uno de ancho. Debajo de las mangas, la túnica es ancha un pié y dos dedos, y en la extremidad inferior cinco piés y seis dedos. La materia del tejido no puede ya ser reconocida. Algunos creen que es una mezcla de lino y lana, pero esto es poco probable; porque la ley mosaica prohibía estas mezclas y Josefo afirma que esta ley se hallaba toda-

vía en vigor en tiempos de Jesucristo. La opinión más común es que la santa túnica es de lana.

Es difícil determinar el color de una manera precisa; todo lo que se puede decir, es que tenía un color muy vivo: se notan en un lado huellas de uso, que se atribuyen al frotamiento de la cruz, y se distinguen además en tan preciosa reliquia, aunque confusamente, gotas de sangre.

4º En el SANTO SUDARIO, conservado en la Catedral de Turín. Es éste un largo paño de lino, de donde ha venido, dice el venerable Beda, el uso de celebrar el santo sacrificio de la Misa, no sobre seda ó cualquier otra tela preciosa, sino sobre lino, producto de la tierra. Y este uso fué elevado á la categoría de ley por San Silvestre.

5º En la ESPONJA, que sirvió para humedecer los labios del Redentor con hiel y vinagre. Esta se halla en San Juan de Letrán, y Baronio asegura que conserva todavía un color sanguíneo.

6º En la LANZA, la cual fué hallada por los cruzados en 1,098 en Antioquía; después cayó en manos de Bayaceto, y fué regalada por éste en 1,492 á Inocencio VIII, que la depositó en la basílica del Vaticano. (Reinald, *Contin. Barón*, ann. 1,492, n. 16.)

Respecto á la SANTÍSIMA CRUZ, sabido es que fué hallada por Santa Elena. Acaecido el infeliz hallazgo, fué dividida la reliquia en varias partes, y una de ellas, no pequeña, destinada á la Basílica Vaticana.

Algún siglo mas tarde, Juvenal, Patriarca de Jerusalem, donó al Pontífice San León otra parte no pequeña del mismo Sagrado Leño. Esta existe todavía en la Basílica, viéndose esculpido en ella el Crucifijo con cuatro clavos, y después once figuras, y de la parte opuesta se admira la efigie de la Virgen y algunos caracteres orientales. Tan precioso tesoro se extravió muchas veces, y aun fué robado en tiempo de Clemente XII; pero fué siempre recobrado milagrosamente. El Papa Simaco construyó para esta reliquia en el año 498, un oratorio ó capilla con un magnífico sagrario.

También el emperador Justino envió á la Basílica Vaticana un precioso relicario en que se hallaba parte del Leño de la Cruz, y ésta existe todavía y se expone todos los Viernes Santos sobre el altar del coro.

Nos resta ahora hablar de la SAGRADA LANZA: la cual había sido sepultada juntamente con la Cruz sobre la cima del Calvario, y fué hallada también por Santa Elena. Permaneció en Jerusalem hasta el siglo VIII, en que acaeció la invasión de los persas en Palestina, siendo entonces salvada por el noble Nicetas, que la llevó á Constantinopla.

Pero esta sagrada Lanza no era completa, y no se sabe cuándo y cómo fué dividida. Solo se sabe que la parte inferior de la lanza era ésta de que hemos hablado, y que la parte superior se conservaba también en Constantinopla en el palacio imperial, en medio de otros objetos preciosos.

La parte superior fué la que los emperadores de Constantinopla dieron en prenda en el siglo XIV á la república de Venecia, hallándose escasos de dinero. Sabiendo esto Luis IX, rey de Francia, restituyó á los venecianos la suma que les debían los emperadores de Constantinopla, de acuerdo con éstos, y mandó llevar la reliquia á la santa capilla de París.

La parte inferior permaneció en Constantinopla, cayendo en poder de Mahomet II en 1,454, cuando se apoderó de aquella ciudad, y siendo enviada al Papa Inocencio VIII por Bayaceto, á causa de hallarse en Roma Zizim, hermano de aquel sultán. Inocencio recibió con mucha solemnidad la Sagrada Lanza el día 31 de Mayo de 1,492, y la condujo á su habitación en el palacio apostólico, disponiendo al fin que fuese trasladada á la Basílica Vaticana, en la que su sobrino el Cardenal Cibo, Arzobispo de Benevento, edificó para tal reliquia una magnífica capilla.

El Papa Benedicto XIV, cuando era Canónigo de la Basílica Vaticana, quiso averiguar si la Sagrada Lanza conservada en París fuese una parte de la de Roma, y mandó sacar un dibujo exacto de aquella. El cual fué confrontado con la Sagrada Lanza de Roma, apareciendo manifiesto que las dos partes constituían una sola lanza. Y de este modo se vió, que el embajador de Bayaceto no había engañado á Inocencio, al decirle que la parte superior de la lanza se hallaba en París.

(De "El Argentino")

DOLOROSA.

I.

¡ Pobre Madre! . . . está llorando
Al pié del Santo madero;
El pueblo murmura fiero
Por la montaña girando.

Y ruge el viento bravío,
Braman los mares profundos,
Y giran soles y mundos
Con espanto en el vacío.

¡ Pobre Madre! ante los sonos
De sus dolientes afanes,
Alzan truenos y volcanes
Sus más terribles canciones.

Y el ángel llora y se arredra,
Tiemblan los jueces inquietos
Y se alzan los esqueletos
Sobre sus tumbas de piedra.

Porque es tanta la aflicción
De la Madre angelical,
Que llora el mismo puñal
Al romper su corazón.

II.

Ella vió al Hijo nacer
Sus ensueños realizando;
Ella le durmió cantando
Las endechas del placer.

Ella, con ansia divina,
Dejó sus plácidos lares,
Cruzó de Judá los mares,
Las cumbres de Palestina.

Y siempre del Hijo en pos,
Le siguió amante y serena,
Como sigue el alma buena
La sombra santa de Dios.

III.

Hoy . . . ¡ pobre Madre! le mira
Sobre el Gólgota sangriento,
Dando suspiros al viento
Que en torno del árbol gira.

Lo mira triste, llorando
Por el pueblo, su asesino;

Oye su acento divino
 ¡Perdón! ¡perdón murmurando.
 Vé sus sienas desgarradas
 Por las espinas críeles;
 Vé marcados los cordeles
 En sus manos veneradas.
 Y si oye de su ánsia en pos
 Del pueblo el acento fijo,
 Vé que le matan al Hijo
 Por el crimen de ser Dios! . . .

IV.

Pura y mística azucena
 Del desierto de la vida;
 Lámpara siempre encendida
 Para templar nuestra pena;
 Celeste, cándido lirio
 Por los angeles cuidado,
 Puro clavel perfumado
 Con la esencia del martirio;
 Yo vengo, Madre, á besar
 Las estrellas de tu manto;
 Vengo á regar con mi llanto
 Los mármoles del altar.

Del relámpago á la luz,
 Que la tormenta anunciaba,
 Yo ví á Dios que vacilaba
 Bajo el peso de la Cruz.

Le ví dulce ante el desdén
 Del pueblo vil y asesino,
 Le ví con llanto divino
 Llorar por Jerusalem:

Ví su cabeza sangrienta
 Tocar con la ruda roca,
 Ví un insulto en cada boca
 Y en cada grito una afrenta!

Y al verte á su lado ir,
 Dije con llanto de amor:
 ¡Pobre esposa del dolor,
 Cuánto deberá sufrir! . . .

V.

¡Pueblo. . . ! Con llanto profundo
 Vé á contemplar su agonía;
 Hoy es la fecha. . . es el día,
 De la redención del mundo. . . !

Doquiera se oye el concierto
 De la más honda tristeza,
 ¡Hasta la naturaleza
 Parece que toca á muerto. . . !

El templo. . . todo es dolor,
 Mucha sombra. . . poca luz. . .
 Sobre el negro altar, la cruz
 Ya no tiene al Redentor.

Al pié de la cruz, María. . .
 Cerca el sacerdote implora;
 Allá en las tinieblas llora
 El órgano una armonía. . .

De las campanas el son
 No se mezcla en el lamento,
 Por no turbar en el viento
 Los ecos de la oración.

Y la luz que ante el altar
 Mal las tinieblas resiste,
 Está tan triste, tan triste
 Que no se atreve á alumbrar. . .

Todo es llanto y es dolor. . .
 Mujeres, niños y ancianos,
 ¡Venid! venid de las manos,
 A llorar al redentor!

¡Venid ante el que se inmola
 Por calmar nuestra alegría;
 Venid á ver á María
 Que está sollozando y sola. . .
 Llegad de vuestros hogares
 Con ofrenda á sus dolores;
 Dejad los campos sin flores
 Para cubrir sus altares.

Y no deis al corazón
 Hoy consuelo á su quebranto:
 ¡Porque será vuestro llanto
 La segunda redención!

TRINIDAD SANTOS SÁNCHEZ.

OFICIOS SOLEMNES
 de la Semana Santa en esta capital.

Domingo de Ramos.—A las seis de la mañana se celebran los oficios en las dos parroquias. En la de la Merced, la procesión sale de la iglesia de la Vega; y en la de Santo Domingo, del Calvario.

A las ocho y media comienzan los de la Catedral, cuya procesión viene de la iglesia de San José.

Por la tarde hay sermón en la Catedral y en las dos parroquias.

Martes Santo.—En la Catedral, á las cinco de la tarde, se hace la procesión de San Pedro, el sermón y el canto del *Miserere*.

De las seis á ocho de la noche, se hace la *relación de Jesús* en la Merced.

Miércoles Santo.—Por la mañana hay Misa solemne de Jesús en la Merced, y por la tarde sermón y procesión.

Jueves Santo.—Se celebran los oficios solemnes de la Catedral á las ocho y media; en la Merced, Santo Domingo, el Calvario, San José y Candelaria á las seis de la mañana.

Este año no puede haber la Consagración de los *Santos Oleos*, por falta de Ilustrísimo Señor Obispo.

A las dos de la tarde de ese mismo día se hace el *Mandato* en la Catedral y en las parroquias, donde también se predica sobre el mismo asunto.

Desde la conclusión de los oficios, comienzan las *estaciones* ó visitas á los monumentos, que deben hacerse con el mayor recogimiento, pues se recuerdan la sepultura del Divino Redentor. Terminan á las nueve de la noche.

Los oficios de **Viernes Santo** se celebran en las mismas Iglesias y á las mismas horas que los del día anterior.

A las once de la mañana hay sermón en San Esteban, procesión de Jesús con la Cruz, la que va rezando el *Via Crucis* en toda la extensión de la *calle de la Amargura*, hasta llegar al Calvario.

En esta iglesia se predica, se hace el *descendimiento*, y la procesión del *Santo Entierro*. Cuando ésta ha regresado, se hace la de la Santísima Virgen de *Soledad*, que va á la Catedral, donde hay sermón y canto del *Stabat Mater*.

El mismo Viernes Santo á las dos de la tarde, se predica en la Catedral el sermón de *Pasión* ó de las *Siete palabras* y se canta el *Miserere*.

El **Sábado Santo** los oficios de la Catedral y de las parroquias comienzan á las seis de la mañana: por la tarde, se hace en dichas Iglesias, el *pésame* de la Santísima Virgen con sermón, oraciones y cantos apropiados.

Imprenta del Dr. F. Sagrini, Calle de la Aurora, N. 9.